

## Militarismo de transferencia de riesgo y la legalidad de la guerra tras Irak<sup>1</sup>

Martin Shaw\*

Uno de los fenómenos más sorprendentes de comienzos del siglo XXI es el resurgir del enfrentamiento armado. La guerra, al parecer, no es una prerrogativa de los criminales internacionales, sino el primer resorte de los justos. Tras el 11 de septiembre de 2001 se creía ampliamente que la fuerza podía, de hecho, imponer lo correcto: el presidente George W. Bush se dio prisa en proclamar su respuesta a la masacre terrorista, una “guerra” antes que una operación de aplicación de la ley. En realidad la Guerra Global contra el Terrorismo (*Global War on Terrorism*, en adelante las siglas en inglés: GWOt) se convirtió rápidamente a ojos de sus defensores en el marco de trabajo para toda política y para cualquier acción militar. E inicialmente al menos, tuvo un amplio apoyo: tal y como Polly Toynbee, una de las periodistas británicas liberales más famosas, recalcó durante la campaña en Afganistán, “bombardear funciona”<sup>2</sup>. La confianza depositada en esta actitud, especialmente, aunque no solamente, en Estados Unidos, supone un revés notorio a los sentimientos pacifistas que dominaron ampliamente en las democracias occidentales durante gran parte del siglo pasado. Es una auténtica relegitimación de la guerra. Justo después de la guerra de Irak de 2003, esta confianza se ha visto debilitada, y parte del apoyo a la GWOt se ha desvanecido: principalmente por la fragilidad de las razones manifestadas, por las “armas de destrucción masiva” de Sadam Hussein; pero también, según se argumentará en este trabajo, por las contradicciones en la nueva forma de guerra occidental, a la cual caracterizo como una guerra de transferencia de riesgo.

Escribo *relegitimación* de la guerra porque la guerra había sido comprensiblemente deslegitimada –aunque obviamente no de forma definitiva-

---

<sup>1</sup> Este documento de trabajo esta basado en otro previo, “Militarismo de transferencia de riesgo, pequeñas masacres y la legitimidad histórica de la guerra”, *International Relations*, Volumen 16 (3), 343-360, 2002. Reescrito extensamente a la luz de Irak, este documento de trabajo será publicado en Paul Eden y Thérèse O'Donnell, eds., *11 September 2001: A Turning Point in International and Domestic Law?* Ardsley, Nueva York, Transnational Publishers, 2004.

<sup>2</sup> Polly Toynbee, *The Guardian*, 31 de octubre de 2001.

durante el siglo XX. En 1914-1918 las trincheras de Flandes nos dieron el paradigma de “masacre sin sentido” que ayudó a formular una “estructura de sentimiento” sobre la guerra, algo que se mantuvo presente durante todo el siglo<sup>3</sup>. Así, en 1939-1945 para las democracias occidentales fue doloroso recurrir de nuevo a la guerra, y resultó asimismo menos chovinista, motivado tanto por el antifascismo como por el nacionalismo. Ciertamente, a muchos les pareció que era una buena guerra, percepción que ha sido generosamente acentuada en tiempos más recientes por la mala interpretación de la guerra como una cruzada para detener el Holocausto. Pero esto parece ser cada vez más una excepción. Durante la mayor parte de la segunda mitad del siglo XX, la amenaza del exterminio nuclear generó la aplastante percepción de tener que evitar a casi cualquier precio una guerra mayor. Vietnam reforzó la estructura de sentimiento antibelicista al mostrar cómo incluso el tipo de guerra limitada, que podía ser batallada a pesar de las armas nucleares, también supondría masacres sin sentido. La importancia de esta experiencia radica en que afectó al Estado occidental más poderoso, el único (salvo tal vez Gran Bretaña y Francia) en el que el recurso a la guerra no estaba todavía deslegitimado por los horrores de 1939-1945.

La relegitimación de la guerra en el siglo XXI no es un fenómeno enteramente nuevo. Se origina en parte en una motivación similar a la que llevó a considerar la Segunda Guerra Mundial como una guerra “buena”. Éste es el papel de la guerra, o al menos de la fuerza militar organizada: detener genocidios u otro tipo de violencia contra los civiles. Esta nueva cualidad ya emergía en el momento del último gran movimiento por la paz en Europa, la campaña contra las armas nucleares en los años ochenta. De todos modos, los ejemplos de guerra buena de entonces vinieron de Estados del Tercer Mundo como Vietnam (en Camboya) y Tanzania (en Uganda). Ciertamente, a esto último se le ha llamado más recientemente “intervención humanitaria” y se ha convertido en un objetivo declarado de muchas de las operaciones militares patrocinadas por Occidente<sup>4</sup>. Pero de un modo u otro, finalmente respondía a un aspecto más de la nueva voluntad occidental de recurrir a la guerra. Margaret Thatcher se adelantó veinte años a este nuevo método en las islas Falklands, y con el fin de la Guerra Fría Estados Unidos también comenzó de nuevo a librar auténticas y exitosas guerras. El primer

---

<sup>3</sup> El concepto “estructura de sentimiento” se originó con Raymond Williams en *The Long Revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1961.

<sup>4</sup> Ver Nicholas J. Wheeler, *Saving Strangers*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

Presidente Bush “se sacudió el síndrome de Vietnam” con la Guerra del Golfo de 1991, y la OTAN concluyó exitosamente su primera y única guerra en Kosovo en 1999.

Así, mientras que las lecciones pacíficas del siglo pasado todavía parecían vigorosas, el terreno estaba bien preparado para que el Presidente George W. Bush proclamase su “guerra contra el terrorismo”, y con las campañas de Estados Unidos en Afganistán e Irak fue difícil evitar concluir que la tendencia ahora era otra. Una serie de éxitos sin precedentes en el uso de las armas por una de las más poderosas fuerzas del planeta amenaza con dar un nuevo esplendor a la guerra. Existe no obstante una alerta creciente sobre las contradicciones de este desarrollo – al que no se oponen más los que lo confunden con las manifestaciones más tempranas del poder militar occidental – a pesar de que se entiendan débilmente las consecuencias perturbadoras que podría traer para la sociedad mundial en las próximas décadas.

En este trabajo consideraré primero las guerras en Afganistán e Irak como el último ejemplo de la nueva forma de guerra occidental, y analizaré las muertes que éstas han provocado en una comparación con las de las campañas previas en el Golfo y Kosovo<sup>5</sup>. Identificaré la nueva forma como “guerra de transferencia de riesgo”, siendo el “militarismo de pequeñas masacres” una de sus características principales. Argumentaré que este nuevo tipo de guerra sólo ofrece una respuesta parcial a los problemas acerca de la legitimidad de la guerra, causados por la amenaza constante a civiles en anteriores “guerras degeneradas”. A pesar una aproximación más ajustada al criterio de la “guerra justa”, cuya aplicación en su

---

<sup>5</sup> En este documento me referiré a la “forma de guerra occidental”, “personal militar occidental”, etc. Occidente se refiere a Estados Unidos y Canadá, Europa del Oeste, Japón, Australia, todos los cuales están unidos a través de una red de alianzas militares así como con instituciones políticas y económicas internacionales, relaciones bilaterales y demás (para ahondar en la discusión, véase mi *Theory of the Global State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000). Dada la preponderancia militar de Estados Unidos dentro de Occidente, tanto la “forma de guerra” como los soldados son ampliamente americanos, aunque Estados Unidos pocas veces actúa solo, sino que lo hace más bien como representante de un interés occidental más amplio, y normalmente con una coalición mayor en cuyo centro está Occidente. Así, en la Guerra del Golfo, Estados Unidos lideró una coalición bajo los auspicios de Naciones Unidas, en la que Francia y Gran Bretaña fueron los principales contribuyentes militares, y Alemania y Japón los contribuyentes financieros; en Kosovo, Estados Unidos lideró la campaña de la OTAN; en Afganistán hubo un amplio abanico de contribuyentes, incluido personal militar alemán y japonés. Francia y Alemania rechazaron como es bien sabido participar en la Guerra de Irak de 2003, pero muchos otros Estados occidentales tomaron parte en la subsiguiente ocupación estadounidense, a pesar de que Gran Bretaña estuviese sola a la hora de proporcionar tropas de combate. Usos “independientes” de las tropas británicas y francesas, por ejemplo en Sierra Leona y en Costa de Marfil, también corresponden a la misma “forma de guerra”.

nueva forma discutiré, las desigualdades en el riesgo que corre el personal militar occidental y los civiles del lugar reavivan, bajo una nueva forma, la cuestión de la legitimidad. Este trabajo sugiere por lo tanto que en lo que respecta a nuestra responsabilidad por relativamente pocas víctimas civiles, debemos de estar aplicando a la guerra estándares que hasta ahora eran excluidos. En este contexto, concluiré proponiendo que las contradicciones en la nueva forma de guerra occidental refuerzan una postura “histórica y pacifista” frente a la legitimidad general de la guerra.

### **1. Muertes militares y civiles en las guerras de Afganistán e Irak, en comparación con la de Kosovo y la Guerra del Golfo**

Las dos principales campañas militares de la Guerra Global contra el Terrorismo dirigidas por Estados Unidos han sido significativamente diferentes una de otra, así como de las de Kosovo y del Golfo. Las dos GWoT, aunque justificadas por la amenaza manifiesta del terrorismo de al-Qaeda (en el caso iraquí sin ninguna justificación seria), han amenazado principalmente a los gobiernos represivos de los talibanes y de Sadam Hussein, y sus más concretos resultados han sido la deposición de esos regímenes y el intento de reponer administraciones locales patrocinadas por Estados Unidos (aunque a la hora de escribir esto, el proceso sigue siendo inestable en Afganistán y ha comenzado con dificultades en Irak). La campaña afgana fue desde el principio una guerra anti-guerrilla, donde al-Qaeda y los talibanes se esfumaron hacia las regiones más remotas del país. La campaña iraquí, un conflicto relativamente más convencional con un enemigo más seriamente armado, tuvo sin embargo también un aspecto de guerrilla que se ha hecho más notorio en las postrimerías de la guerra a medida que los remanentes del régimen derrocado han ido pasando, de forma análoga, a la clandestinidad. En ambos casos, mientras que la aviación jugó un amplio papel existía una importante dependencia de las fuerzas especiales y, en el caso de Irak, de la artillería y de los tanques para operaciones terrestres, así como de los aliados locales (en Afganistán el Frente Unido de la Alianza del Norte, y en Irak la milicia de los dos partidos kurdos en la región autónoma del Norte). Ambas guerras se caracterizaron por un mayor peso de las tropas de tierra, especialmente si las comparamos con la de Kosovo, donde la OTAN no las empleó hasta que el régimen serbio no admitió la ocupación de la provincia disputada; también en la Guerra del Golfo de 1991 una campaña de bombardeos de seis semanas precedió el ataque en tierra final, aunque

hay que recalcar que en el caso anterior, fue la misma la Armada de Liberación de Kosovo la que sirvió como fuerza armada sustitutiva.

De un modo u otro, se ven similitudes fundamentales en un aspecto esencial; todas estas guerras fueron combatidas de forma que causaran el menor número de bajas a las tropas de Estados Unidos o de la coalición (aliados occidentales por ejemplo). La mayoría de las tropas occidentales combatieron con la relativa seguridad que da un armamento fuerte: aviones que vuelan a altas altitudes, donde son prácticamente invulnerables a la aviación enemiga (si existe siquiera, generalmente es destrozada en los primeros días de la guerra) y al fuego anti-aéreo; así como tanques y otros vehículos blindados que están también fuertemente protegidos. Cuando las tropas se encuentran más expuestas sobre el terreno, en vehículos ligeros o en la calle, disponen de un equipo de protección para el cuerpo, armados de arriba a abajo y con un entrenamiento que les permite minimizar su vulnerabilidad; tienen normalmente por objetivo el prevenir o abrir fuego contra cualquier atacante real o sospechoso. En el caso límite de la Guerra de Kosovo, la dependencia exclusiva en la fuerza aérea permitió de hecho evitar cualquier muerte en la OTAN debida a la acción enemiga (aunque por supuesto, durante la guerra murieron algunos soldados en accidentes, y unos pocos fueron matados\* durante los subsiguientes años de ocupación). Las GWO, como la Guerra del Golfo, han visto a personal norteamericano y occidental expuesto en el terreno, y aunque haya habido bajas, son ínfimas en comparación con las guerras históricas.

Por otra parte, todas estas guerras han supuesto muchas más bajas a los enemigos armados de Estados Unidos y Occidente y también, aunque 'inintencionadamente', a los no combatientes civiles. Cuánto más, es a menudo difícil de establecer: el número de bajas estadounidenses u occidentales puede establecerse de forma precisa, a partir de listas de los individuos fallecidos publicadas por el Departamento de Defensa de Estados Unidos, el Ministerio de Defensa del Reino Unido y otras instituciones nacionales gubernamentales (aunque esas listas no distinguen siempre las muertes debidas a la acción enemiga de las resultantes de accidentes o enfermedades). Hay una dificultad considerable a la hora de estimar el número de víctimas. En particular, prácticamente no hay fuentes institucionales sobre los enemigos militares muertos. De todos modos, sabemos por

---

\* N. d T. En este texto, se ha optado por traducir "killed" por "matados"; aunque el término "asesinados" parezca más conveniente en la versión en castellano, el equivalente en inglés sería "murdered".

muchos reportajes de los medios de comunicación que con el armamento del que disponen las fuerzas occidentales matar a los combatientes enemigos resulta sistemático y eficaz, y que muchas de las batallas han sido muy concentradas. A pesar de todo, la información es por lo general muy sucinta y los episodios clave, como el bombardeo sistemático de los combatientes talibanes en 2001-2002 y de las tropas iraquíes a comienzos de la guerra de 2003 (así como en las primeras seis semanas de la guerra de 1991, durante la que probablemente se dio el mayor número de muertes de soldados de cualquiera de las recientes guerras occidentales), siguen sin contar con detalles precisos y comprensibles. Las víctimas estimadas por investigadores como Conetta para la guerra de Irak de 2003<sup>6</sup>, así como la estimación propuesta por Daponte<sup>7</sup> para la Guerra del Golfo de 1991, sugieren que se ha matado a muchos más combatientes enemigos que soldados occidentales. De hecho, también sugieren que el armamento occidental ha asesinado a muchos más combatientes que civiles, resultado que uno se esperaría dada la precisión de las armas usadas en comparación con épocas de guerra más tempranas, así como por el mayor cuidado prestado para evitar las víctimas civiles.

A pesar de todo también sabemos de muchas denuncias de incidentes en los que bombas, misiles y armas de artillería han alcanzado a civiles, a menudo en sus casas, y de casos en los que civiles han sido abatidos en la calle. Si sumamos todo, las muertes directas de civiles a manos de las fuerzas occidentales ha sido una característica corriente de las campañas recientes. Aunque las fuentes occidentales oficiales no den cifras, las autoridades enemigas a veces sí, y hay una creciente y prolífica industria de “contar cuerpos” por parte de los autores más críticos. Estos últimos son cada vez más sofisticados en sus recuentos, aunque siga habiendo amplias divergencias en la recolección de datos (según se apoyen en reportajes publicados o se colecten los datos en el terreno), en los métodos de análisis (por ejemplo, sobre quién cuenta como no combatiente), y en consecuencia en los resultados. Sin embargo, lo que es indiscutible es que incluso en la estimación más baja, como la de Conetta para Afganistán e Irak<sup>8</sup>, el número de civiles muertos ha

---

<sup>6</sup> Conetta, C. (2003) *The Wages of War: Iraqi Combatant and Noncombatant Fatalities in the 2003 conflict*. Project on Defense Alternatives Research Monograph #8, <http://www.comw.org/pda/0310rm8.html>

<sup>7</sup> Daponte, B. (1993) ‘A Case Study in Estimating Casualties from War and its Aftermath: the 1991 Persian Gulf War’, *Medicine and Global Survival* 3, 2, <http://www.ipnw.org/MGS/PSROV3N2Daponte.html>

<sup>8</sup> Carl Conetta, *Operation Enduring Freedom: Why a Higher Rate of Civilian Bombing Casualties*, Project on Defense Alternatives Briefing Report #11, 18 de enero de 2002,

sido una característica perturbadora de todas las campañas recientes, y es probable que hayan sido matados más civiles en la reciente Guerra de Irak que en la de 1991<sup>9</sup> (principalmente por el ataque a Bagdad, debido al objetivo de cambio de régimen).

La Tabla 1 resume las estimaciones producidas por estudios serios acerca de las víctimas entre diferentes grupos en guerras recientes. Incluso las estimaciones para tropas occidentales por la acción enemiga son aproximativas, redondeadas a la baja a partir de los totales publicados para todas las muertes occidentales. Todas las demás estimaciones están sujetas a muchas más preguntas, y se dan aquí para indicar el orden de magnitud. Lo que es seguro es que hay una amplia tendencia a considerar que las muertes de militares occidentales son menores, al menos en número, que las del enemigo y los civiles juntos. (Esta tendencia también parece existir en la distribución de otras víctimas, por ejemplo heridos, cuando los estudios han abordado el tema<sup>10</sup>). Hay divergencias de una guerra a otra en los niveles generales de muertes: la Guerra del Golfo fue por lo general la que más tuvo, mientras que Kosovo fue la menos letal entre las últimas campañas occidentales, mientras que el número de civiles fallecidos por causas indirectas de los bombardeos (relativas principalmente a la salud) fue probablemente inusitadamente alto en el Golfo. No obstante, la tendencia persiste de una guerra a otra, y esto suscita importantes preguntas acerca de la forma en que Occidente lleva a cabo sus guerras hoy en día. Kosovo no fue tan excepcional: en los tres primeros meses de la campaña afgana, incluso las estimaciones conservadoras de Conetta cifran el número de víctimas civiles directas en una horquilla de 1000 a 1300<sup>11</sup> (mientras que Benini y Moulton, en base a estudios sobre el terreno, sugieren un número mucho mayor<sup>12</sup>). Sólo un oficial estadounidense (y ningún otro occidental), un agente de la CIA matado por combatientes talibanes en la rebelión

---

<http://www.comw.org/pda/0201oef.html>; y *The wages of War: Iraqi Combatant and Noncombatant Fatalities in the 2003 conflict*. Project on Defense Alternatives Research Monograph #8, <http://www.comw.org/pda/0310rm8.html>

<sup>9</sup> Conetta, *The Wages of War*.

<sup>10</sup> Compárense Iraq Body Count ‘Adding indifference to injury, 2003, [www.iraqbodycount.net](http://www.iraqbodycount.net), con las estimaciones de heridos de la coalición dados por Iraq Coalition Casualty Count, <http://lunaville.org/warcasualties/Summary.aspx>.

<sup>11</sup> Conetta, *Operation Enduring Freedom: Why a Higher Rate of Civilian Bombing Casualties*, Project on Defense Alternatives Briefing Report #11, 18 de enero de 2002, <http://www.comw.org/pda/0201oef.html>

<sup>12</sup> A.A. Benini y L.H. Moulton, “The Distribution of Civilian Victims in an Asymmetrical Conflict: Operation enduring freedom, Afghanistan” *Journal of Peace Research*, 2004. (próxima aparición).

de Mazar-e-Sharif, murió en ese mismo periodo. Hay fases durante las cuales la media no es tan desigual, pero persiste como constante una gran divergencia entre las víctimas militares occidentales y las civiles locales.

**TABLA 1: Número aproximado de víctimas en las guerras occidentales de la era global (cifras redondeadas).**

	Militares estadounidenses y occidentales matados por el enemigo	Muertes de los militares locales aliados	Muertes de militares enemigos	Civiles matados por el enemigo en acontecimientos previos	Civiles matados por Occidente	Muertes indirectas de civiles, resultado de la acción occidental
<b>Guerra del Golfo 1991</b>	250	¿cientos? (resistencia kuwaití)	20000 / 56000	¿unos miles? (en Kuwait)	3500	60000 / 111000 (consecuencias en la salud por las infraestructuras dañadas)
<b>Guerra de Kosovo 1999</b>	0	¿cientos? (KLA)	1000	12000 (albaneses)	500	¿pocos?
<b>Afganistán 2001-2003</b>	60	¿pocos? (Alianza del Norte/UF)	Millares / decenas de millares	3000 (Nueva York / Washington DC)	1000 / 10000	3200 (hasta enero de 2002)
<b>Guerra de Irak 2003</b>	140	¿pocos? (milicias kurdas)	9200	No hubo tales sucesos ("preventivo")	3750 / 9900	miles
<b>Notas sobre las fuentes</b>	Las cifras de muertes de las páginas Web estadounidenses (Dpto. de Defensa,	Cifras no disponibles en general; cálculo aproximado.	Cifras para la Guerra del Golfo de Daponte, "A case study" y de Conetta, <i>Wages of War</i>			
			Cifras para Kosovo de la Comisión Internacional Independiente para Kosovo, <i>The Kosovo Report</i> , Oxford, Oxford University Press, 2000			



<b>s</b>	etc.) han sido redondeadas a la baja para evitar accidentes.		Cifras para Afganistán de Conetta, <i>Operation Enduring Freedom</i> , y Benini y Moulton "The distribution of civilian victims" (ver nota nº 11)
			Cifras para Irak de Conetta, <i>Wages of War</i> , y de iraqbodycount.net [26.1.2004]
<b>Comentarios Generales</b>	<p>"Civiles matados por el enemigo en acontecimientos previos" se refiere a las muertes que tuvieron lugar en los actos de agresión que iniciaron el conflicto inmediato. No incluye las cifras a largo plazo de víctimas de campañas más tempranas (por ejemplo, genocidios de Sadam Husein, campañas serbias en Croacia y Bosnia, la Guerra Civil afgana y la represión de los talibanes) o guerras subsiguientes (por ejemplo, las guerras civiles iraquíes tras la Guerra del Golfo, la eliminación de los árabes de las marismas, etc.).</p> <p>"Muertes indirectas de civiles, resultado de la acción occidental" se refiere a las estimaciones de muertos civiles en la post guerra inmediata (por ejemplo, muertes civiles como consecuencia de la destrucción de infraestructura en Irak, y como consecuencia de bombardeos recientes en Afganistán). No incluye muertes a largo plazo en las que la guerra ha debido influir, o posibles consecuencias a largo plazo de la guerra en Afganistán).</p>		

Cuando se suman las víctimas indirectas, esta desproporción se amplifica. En Afganistán, Conetta concluyó (en un estudio complementario), "un mínimo de 3000 civiles muertos atribuibles a los efectos de la campaña de bombardeo y de la guerra sobre los refugiados, y a las hambrunas". Su artículo se basa en una estimación de 8000 a 18000 afganos muertos entre el periodo que va de mediados de septiembre a mediados de enero, debido a la escasez de alimento, a la falta de protección, a las enfermedades derivadas de ello, o a los heridas prolongadas en el vuelo entre zonas de guerra. De este total, al menos el cuarenta por ciento de las muertes (más de 3200) se atribuyen a los efectos de la crisis y de la guerra"<sup>13</sup>. Se advierte que dado que había múltiples causas para esas categorías de muertes civiles, Conetta se vio obligado a adscribir un porcentaje de ellas a las campañas estadounidenses, este procedimiento está claramente plagado de dificultades metodológicas, pero algo como esto es necesario si deseamos poner número a las muertes causadas por el bombardeo por Estados Unidos. Conetta argumentó que frente a esto hay que añadir más de 800 muertos entre las tropas debidas a las represalias de la post guerra y al mal control de los prisioneros (la inclusión de estos se justifica porque los combatientes talibanes y de al-Qaeda capturados dejan de ser tales)<sup>14</sup>. Por lo tanto, recurriendo a lo que considera que son estimaciones

<sup>13</sup> Carl Conetta, "Strange Victory: a Critical Appraisal of operation Enduring Freedom and the Afghanistan War", 30 de enero de 2002, <http://www.comw.org/pda/0201strangevic.html>

<sup>14</sup> Conetta, "Strange Victory".

conservadoras, su reportaje lleva a la conclusión de que hasta enero de 2001, el total de los no combatientes muertos a consecuencia de las campañas militares americanas era de 5000 o más. Relatos desde Irak han sugerido repercusiones en la salud no tan radicales como en Afganistán (y sin duda menores que en Irak en 1991), pero sí una amplia gama de efectos indirectos en la vida cotidiana, desde la falta de un marco legal y la inseguridad, hasta la destrucción del suministro de agua y electricidad, pasando por la no aplicación de la reglamentación existente.

Las guerras occidentales recientes han sido entendidas por sus defensores como una violencia selectiva, y por sus oponentes como carnicería "indiscriminada"<sup>15</sup>. Hasta ahora, la discusión sugiere que ambas posturas son demasiado simplistas. Ciertamente, el bombardeo ha sido bastante exitoso. Lo más probable es que como en el Golfo y en Kosovo (en menor medida), en Irak y Afganistán el número de combatientes enemigos matados directamente sea mayor al número de muertes civiles causadas de forma similar. El número absoluto de civiles directamente matados en estas guerras, como en las dos anteriores, es muy pequeño en comparación con campañas estadounidenses históricas (por ejemplo, Vietnam y Corea, así como las dos guerras mundiales). En este punto, la acusación de asesinato "indiscriminado" de civiles parece inapropiada. De un modo u otro matar a cualquiera que no sea un objetivo expreso muestra claramente límites a la discriminación. Este tipo de muerte, notoriamente llamada "daño colateral", no se puede evitar del todo en cualquier uso prolongado de armas potentes y es inherentemente perturbadora, por mucho que se haya disminuido con respecto a la tendencia histórica. A pesar de que las víctimas civiles se describan rutinariamente como accidentes, este resultado es difícilmente accidental. Es el resultado de decisiones políticas, y es parte del refinamiento del poder militar occidental, principalmente en tres niveles: la estrategia, el armamento y la gestión de los medios de comunicación. La combinación de estos elementos permite a Occidente combatir con un coste *humano* relativamente bajo para sí mismo. Y si arriesgar vidas humanas mostradas en televisión ha sido desde Vietnam el mayor riesgo político de la guerra, esto también significa que Occidente es capaz de combatir guerras reduciendo notablemente el coste *político*.

---

<sup>15</sup> Artículo principal, *Eclipse*, periódico anti-guerra de la Universidad de Sussex, noviembre de 2001, p. 1.

## 2. Militarismo de transferencia de riesgo: la nueva forma de guerra occidental

El argumento de este capítulo es que estas guerras son una nueva forma occidental de hacer la guerra. Por supuesto, esta “nueva” guerra no es enteramente nueva. Es una reinención de la dependencia en las fuerzas aéreas que ha sido central en el pensamiento y en la práctica militar anglo-americana desde la década de 1920. El nuevo método depende, tanto o más que antes, del bombardeo –tanto desde cazabombarderos como de misiles de crucero- así como de la artillería de largo alcance. De todos modos, se recurre a la precisión perfeccionada que la electrónica de los ordenadores permite a la hora de fijar el objetivo (la llamada “Revolución en los Asuntos Militares”) para evitar las masacres a gran escala de los civiles enemigos que ocurrieron en la Segunda Guerra Mundial y en Vietnam. Se echa mano asimismo de aliados locales para llevar a cabo, hasta donde sea posible, la lucha en el terreno. Y, por último, se recurre a la gestión de los medios de comunicación para mitigar los efectos de las “pequeñas” masacres que suceden “accidentalmente”, así como del número de víctimas indirectas (a veces mayor).

De este modo, la nueva forma de guerra parece trascender la degeneración fundamental de los bombardeos más tempranos, que se manifestaban en un acoso indiscriminado a los civiles y un amplio número de no combatientes muertos. Pero introduce nuevas contradicciones a través de las múltiples transferencias de riesgo, particularmente a las poblaciones civiles, que resultan en la distribución de muerte que he planteado más arriba. La transferencia de riesgo a otros que no sean personal militar occidental parece ser el mayor objetivo de la nueva forma de guerra. Y el significado de este objetivo muestra la cercanía de la nueva forma de combatir con la nueva forma de gestionar los medios de comunicación y la opinión pública, diseñada para mantener la legitimidad de la guerra en las sociedades occidentales. Por lo tanto podemos llamar a este tipo de guerra *militarismo* de transferencia de riesgo, y no sólo *guerra* de riesgo transferido.

Resumiendo, podemos identificar cinco elementos principales de este nuevo *militarismo*:

## 2.1. Matando al enemigo

El principal riesgo de ser matado (como consecuencia directa de la acción militar) se aplica actualmente a las fuerzas armadas enemigas, antes que a los civiles. En un sentido histórico, esto es una transferencia de riesgo de los civiles enemigos a los militares enemigos, e invierte la larga tendencia del siglo veinte de acoso a las víctimas civiles. Manifiestamente, esto tiene una gran importancia en las discusiones acerca de la legitimidad de la guerra.

## 2.2. Los aliados locales corren los riesgos en el terreno

Hasta el momento en el que las tropas occidentales corren los riesgos combatiendo directamente en el terreno, las fuerzas especiales monopolizan cada vez más dicha función. De cualquier forma, ahí donde sea posible, los riesgos en el terreno de combate se transfieren a los aliados locales de la zona en conflicto. La interdependencia creciente entre armamento occidental de alta tecnología (aérea, artillería y formaciones de tanques) y la relativa baja tecnología de los ejércitos en el terreno (las armadas bosnia y croata, el Ejército de Liberación de Kosovo, el Frente Unido de la Alianza del Norte en Afganistán, la milicia kurdo-iraquí) permitió a Occidente transferirles la repartición de las principales víctimas de las batallas. De todos modos esta transferencia puede suponer costes políticos y militares: una dependencia excesiva en los aliados locales fue criticada por debilitar la campaña de captura de Osama bin Laden en Afganistán<sup>16</sup>.

En Irak, el apoyo local a la guerra de 2003 estaba inhibido por la memoria del abandono estadounidense a los insurgentes kurdos y chiítas en 1991, un error crucial de esa guerra: los chiítas rechazaron llevar a cabo la insurrección planeada en Basra. Incluso en la subsiguiente ocupación, las tropas estadounidenses y occidentales encargadas de mantener el orden se vieron como objetivo de los ataques suicidas: la respuesta de la administración fue trabajar para lograr una rápida transferencia de las responsabilidades a los recién entrenados soldados

---

<sup>16</sup> El *Washington Post* citó a oficiales de Estados Unidos “diciendo que había fuertes evidencias de que el fugitivo saudí había ido a las tierras altas de Tora Bora del Este de Afganistán cuando las fuerzas de Estados Unidos y sus aliados afganos lanzaron un asalto a la montaña-refugio de al-Qaeda. El fracaso a la hora de comprometer a un amplio número de tropas estadounidenses en el terreno, frente a la confianza depositada en las milicias afganas, de ambiguas lealtades, fue “el mayor error de la guerra”, según dijeron los civiles y los oficiales militares”. Julian Borger y Richard Norton-Taylor, “US blunder “let bin Laden escape” ”, *The Guardian*, 18 de abril de 2002.

iraquíes y a la policía, de forma que los riesgos cargasen cada vez más a su cuenta antes que a cuenta de los americanos.

### **2.3. Pequeñas masacres accidentales de civiles**

El riesgo de pequeñas masacres de civiles repetidas es una característica aceptada en la forma en que Occidente combate sus guerras. Las pequeñas masacres son "accidentales" en el sentido en que no son específicamente intencionadas y que se hacen esfuerzos para evitarlas. Pero están a la vez programadas dentro de los análisis de riesgo de la guerra. Cada una de las guerras de Occidente ha estado marcada por numerosas masacres, generalmente de un puñado de personas, pero en repetidas ocasiones de 50 a 100 civiles de una vez, siendo el mayor incidente el bombardeo del refugio Amiryra en Bagdad en 1991, en el que murieron aproximadamente 400 personas. El riesgo de las masacres no es sólo conocido y comprendido por los planificadores militares occidentales, es una consecuencia totalmente predecible de la protección brindada al personal militar occidental. La dependencia en las altas altitudes y los bombardeos de largo alcance pone a salvo a los aviadores y a los soldados; pero inevitablemente supone errores de puntería en cada campaña, con los que centenares de civiles mueren. Por lo tanto, la transferencia a los civiles de los riesgos directos de ser matado, es deliberada y sistemática.

### **2.4. Gestión de los medios de comunicación**

Un elemento clave del militarismo de transferencia de riesgo es la gestión de los medios de comunicación, dado que la muerte directa a gran escala de los civiles podría amenazar la legitimidad reclamada. La mediación y la vigilancia se han vuelto intrínsecas a esta forma refinada de guerra post-total, pero pueden hacerla particularmente problemática. Los gobiernos occidentales no quieren más imágenes de víctimas directas en la televisión, más que las absolutamente inevitables: las mayores masacres, como el bombardeo de Amiryra en la Guerra del Golfo, y los bombardeos de un tren en Serbia y de un convoy de refugiados en Kosovo, amenazan la legitimidad y son sujetos a manipulaciones intensivas para mitigar sus efectos. De forma similar, los gobiernos occidentales no quieren un número de víctimas directas particularmente amenazante. En consecuencia, Robin Cook, líder de la Casa de los Comunes británica, indicó al comienzo de la guerra de Estados Unidos en Afganistán que ésta sería aceptable porque el número total de víctimas

civiles sería menor que el monto de las muertes del 11 de septiembre<sup>17</sup>. Que el número eventual de muertes civiles directas haya sido estimado por algunos por debajo de la mitad del total puede entenderse como una muestra de apoyo a los políticos occidentales, incluso si el número total de muertes fuese mayor. Aunque las palabras del General Tommy Franks, comandante estadounidense en Irak en 2003, “no hacemos recuento de cuerpos”, y que han alcanzado un estatus simbólico, han sido sacadas un poco fuera de contexto<sup>18</sup>, una cuestión importante para los gobiernos occidentales es sin duda evitar que circule cualquier recuento amplio del número de víctimas. A la inversa, los oponentes han hecho del recuento de cuerpos una industria virtual, con el objetivo de lograr que el total cuente en contra de las políticas occidentales<sup>19</sup>. De un modo u otro, a pesar de que el número de civiles muertos en Irak sea de varios miles, por lo general han fracasado a la hora de lograr que éste sea un punto significativo de crítica.

## 2.5. Víctimas civiles indirectas

Corolario de esto es que las víctimas indirectas, menos visibles y menos cuantificables, son más aceptables que las que son directas, visibles y cuantificables, por lo que se hacen menos esfuerzos para minimizar las primeras. Allá donde haya otras posibles causas de muerte (políticas enemigas, guerra civil, sequía, etc.), la responsabilidad es menos fácil de asignar y en consecuencia Occidente considera el riesgo más aceptable. El hecho de que expertos puedan adscribir un número a las víctimas indirectas de los bombardeos, haciendo sólo una estimación arbitraria sobre la proporción causada por los bombardeos estadounidenses, indica el grado más pequeño de riesgo político que las muertes indirectas causan a los líderes occidentales. Por supuesto, desde la crisis de los refugiados kurdos después de la Guerra del Golfo, los líderes occidentales comprendieron que incluso las muertes indirectas pueden repercutir

---

<sup>17</sup> *Newsnight*, BBC2 Television, octubre de 2001

<sup>18</sup> Desgraciadamente, ninguno de las múltiples páginas Web críticas que emplean esta cita –que decora la página principal de [www.iraqbodycount.net](http://www.iraqbodycount.net)– señalan la fuente. Aunque se asume que se refiere a la Guerra de Irak, en la que Franks también tuvo un puesto de mando, la cita proviene de Afganistán en el 2002. “No creo que me haya oído, a mi o a cualquier otro a la hora de motivar a las tropas hablar de la presencia de 1000 cuerpos ahí fuera, o sobre cuántos han sido recuperados,” Grl. Tommy Franks, comandante de la operación en Afganistán, dijo el lunes en la Base Aérea de Bagram: “Sabéis que no contamos cuerpos.” *The San Francisco Chronicle*, 23 de marzo de 2002 [<http://www.globalsecurity.org/org/news/2002/020323-attack01.htm>, 26 de enero de 2004].

<sup>19</sup> Véase por ejemplo [www.iraqbodycount.net](http://www.iraqbodycount.net)

negativamente, ahí donde se pueda establecer la responsabilidad<sup>20</sup>. En consecuencia, Tony Blair trató de insertar desde el principio una dimensión “humanitaria” a la “guerra contra el terrorismo”. De cualquier forma, la conciencia de los estrategas occidentales en la relación entre riesgo humano y riesgo político puede llevar tanto a hacer esfuerzos para declinar responsabilidades políticas como a hacer esfuerzos reales para minimizar el daño indirecto. Este fue el equilibrio en los esfuerzos de las respuestas occidentales a la miseria a largo plazo del pueblo iraquí, combinando las sanciones de Naciones Unidas y las políticas del régimen iraquí.

### 3. Teoría de la guerra justa y militarismo de transferencia de riesgo

¿Cómo evaluamos la legitimidad de esta forma nueva de guerra? Las herramientas principales de que disponemos son morales, y derivan de la tradición de la guerra justa. Según esta tradición, como es bien sabido, tanto los fines como los medios han de ser justos. Sin embargo, la mayoría de los debates sobre guerras recientes se han centrado en la justicia de los fines: si la campaña de Kosovo tenía realmente objetivos “humanitarios”, y si los logró; si la campaña afgana era proporcional y una respuesta eficaz al terrorismo de al-Qaeda; y si Irak poseía realmente “armas de destrucción masiva” y la acción militar era necesaria para anticiparse a cualquier amenaza que plantease. No obstante, estos temas acerca de la justicia de los medios en recientes guerras, o de la “guerra contra el terrorismo” en general, no son realmente el objeto de este trabajo; a partir del momento en que me he atendido a la “forma de guerra”, me he centrado en los medios más o menos comunes a un cierto número de campañas. Para la teoría de la guerra justa, esto suscita la cuestión de “*ius in bello*” más que del “*ad bellum*”.

Evaluemos la política de transferencia de riesgos militares en los términos de la guerra justa. Tal y como señala Michael Walzer, es indiscutible que la destrucción del enemigo está justificada: “Los soldados han de ser matados”, como dijo una vez Napoleón; es por esto que la guerra es el infierno<sup>21</sup>. En la nueva forma de guerra, se pensaría que poca discusión pudo haber acerca de la aparente mayor precisión del objetivo, matar al enemigo. Por supuesto, si se puede demostrar que matar sea

---

<sup>20</sup> Martin Shaw, *Civil Society and Media in Global Crises*, Londres, Pinter, 1996, Parte III.

<sup>21</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars*, segunda edición, Nueva York, Basic Books, 1992, p. 136.

superfluo a la hora de lograr el objetivo de destrozarse el poder del enemigo, entonces su legitimidad se puede poner en duda. La violencia infligida al enemigo ha de ser proporcional, no sólo a los objetivos propios sino también a la severidad de la agresión inicial. A primera vista, tal vez el bombardeo de los talibanes, de al-Qaeda y de los combatientes iraquíes se ajustó a esta advertencia, y el impresionante armamento empleado –como las bombas “daisy-cutter”- era sencillamente un medio eficaz para estos fines. Pero si “bombardear funciona” para derrotar a estos enemigos, lo hizo seguramente masacrándolos. Hay una preocupación legítima acerca de estas víctimas. Desde la carnicería de las trincheras, hemos aprendido a prestar más atención a la vida de los soldados. Cuando un bando puede minimizar al máximo el riesgo que corren sus soldados, ¿acaso es moral practicar matanzas industriales a un enemigo desdichado? La imagen de los reclutas iraquíes aplastados en la arena por un buldózer (literalmente), a finales de la guerra del Golfo, es emblemática a este respecto. Seguramente, según nos vemos impelidos a contemplar estas desigualdades en los medios, deberíamos recordar la matanza inflingida a oficinistas indefensos por terroristas, usando aviones de línea. Pero si las propias matanzas en Estados Unidos son casi unilaterales, ¿acaso el hecho de que los soldados talibanes o iraquíes lleven pistolas lo hace mucho más tolerable?

Si el armamento de transferencia de riesgo suscita cuestiones acerca del pensamiento de la guerra justa, incluso acerca del tratamiento de los soldados enemigos, los temas que conciernen los civiles van al corazón de la tradición. Tal y como Walzer prosigue, “incluso si tomamos como punto de partida el infierno, aún podemos decir que *nadie más* [por ejemplo, aparte de los soldados] *ha de ser matado*. Esta distinción es la base de las reglas de la guerra”<sup>22</sup>. Ciertamente, Walzer está dispuesto a defender la extensión del estatus de combatiente a los trabajadores civiles que fabrican municiones dentro de su lugar de trabajo, siempre que de hecho estén fabricando armas, y también está dispuesto a decir que esta “línea plausible... puede ser trazada con excesiva delgadez”<sup>23</sup>. Walzer también apuntó que la doctrina del “doble efecto” proporcionó una forma en la que “se permite llevar a cabo una acción susceptible de acarrear consecuencias desastrosas”, como la matanza de civiles inocentes. La condición clave es que “la buena acción es suficientemente buena como para compensar el efecto desastroso; ha de ser

---

<sup>22</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars* p. 136.

<sup>23</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars*, p. 146.



justificado mediante la regla de proporcionalidad<sup>24</sup>. Está fue una justificación bastante pobre para la bomba de Hiroshima, aunque los apologistas estadounidenses usaron, y siguen usando un argumento similar. No obstante, parece plausible como explicación de las matanzas “accidentales” de civiles en Afganistán, Kosovo e Irak, aunque sólo sea porque el número de víctimas directas es mucho más pequeño, y el daño concebible podía ser sobrevalorado. Walzer perfeccionó un razonamiento que ha sido ampliamente aplicado en estas instancias. “El doble efecto es defendible”, argumenta, “sólo cuando las dos consecuencias son resultado de una *doble intención*: primero, que se logró lo “bueno”, y segundo, que el daño predecible sea lo más reducido posible<sup>25</sup>. Esto último es exactamente lo que Occidente afirma estar haciendo ahora rutinariamente en todas sus campañas, con más credibilidad que en los días previos al bombardeo “elegante”.

Sin embargo, Walzer también brindó la contrapartida al señalar que “es demasiado fácil no pretender sencillamente la muertes de civiles... Lo que buscamos en estos casos es alguna prueba de un compromiso real para salvar vidas civiles. Los civiles tienen derecho a algo más. Y si salvar vidas civiles implica arriesgar las vidas de los soldados, se ha de aceptar correr ese riesgo<sup>26</sup>. *En la guerra de transferencia de riesgo, esto es precisamente lo que se evita a toda costa*. Los bombardeos y la artillería de largo alcance son empleados con el conocimiento claro de que incrementará el riesgo a los civiles en comparación con otros posibles medios, militares tanto como no militares. La destrucción desde gran altura y a larga distancia es inherentemente indiscriminada<sup>27</sup>. Sorprendentemente, Walzer proporciona una salida a los estrategas occidentales en esta situación. Inmediatamente afinó su afirmación argumentando: “Pero hay un límite a los riesgos que requerimos. Estos son, después de todo, muertes no intencionadas y operaciones militares legítimas, y la regla absoluta en contra de atacar a los civiles no es válida. La guerra necesariamente pone en peligro a los civiles; este es otro aspecto de su carácter infernal. Sólo podemos pedir a los soldados que minimicen

---

<sup>24</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars*, p. 153.

<sup>25</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars*, p. 153

<sup>26</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars*, pp. 153-154.

<sup>27</sup> Al menos algunas formas de actuación sobre el terreno, especialmente entre las filas de la policía armada, brindan la oportunidad de una mayor discriminación y evitar en mayor medida las víctimas civiles, aunque aquí soldados demasiado armados tienen una ventaja inherente sobre los civiles, lo que puede llevar a autoprotegerse con “mata primero, haz las preguntas después”, matando a civiles sospechosos de ser insurgentes.

los riesgos que inflingen". Hasta qué punto tienen que llevar esto a cabo "es difícil de decir", afirma; "es mejor... decir sencillamente que los civiles tienen derecho a que se tome el "debido cuidado" "<sup>28</sup>.

Este tipo de cláusula escapatoria podría haber tenido un sentido claro en el contexto de las guerras en las que un número importante de soldados occidentales estaban arriesgando seriamente sus vidas. Es difícil ver cómo puede ser defendido en el contexto de guerras como la de Afganistán donde, *después* de tener asesoramiento sobre el riesgo, sólo un soldado americano fue matado por el enemigo en el mismo periodo en que más de un millar de civiles afganos murieron (previsiblemente) por las bombas americanas. El cuidado que se ha tenido con los civiles no sólo es menor al que se ha tenido con los soldados americanos, sino que se ve *debilitado* por una política adoptada para mantener a los últimos a salvo. El riesgo que corren los civiles no se reduce tanto como se podría, sino tanto como sea juzgado necesario para evitar una cobertura mediática global adversa. *Los riesgos que corren los civiles no son proporcionales a los riesgos de los soldados, como Walzer conceptualiza, sino a los riesgos políticos resultantes de una cobertura mediática adversa.* En consecuencia, aunque haya un límite a los riesgos que pueden correr los soldados, *seguramente se pueda mostrar que las fuerzas occidentales en Afganistán, Kosovo y la Guerra del Golfo no han ido a parar a ningún sitio próximo a este límite. Podríamos concluir que incluso si los objetivos de la "guerra contra el terrorismo" son justos, sus métodos no lo son suficientemente.*

Se podría argumentar que mi razonamiento hace valer la extensión de Walzer de la tradición de la guerra justa, a partir del momento en que he recurrido a su explicación para brindar una base desde la que criticar la política estadounidense. Esta es la línea adoptada por Falk, quien afirma que "la doctrina de la "guerra justa" ofrece el marco de trabajo más flexible y relevante a nivel normativo. Tiene raíces en la ética de todas las grandes religiones del mundo, es una fuente vital de la legislación internacional moderna que controla el uso de la fuerza y centra su atención en las causas, medios y fines de la guerra"<sup>29</sup>. Con todo, me parece que lo contrario podría afirmarse de la misma forma. Las guerras en las que los riesgos mortales de los propios combatientes se reducen a unos niveles muy bajos, pero en los que tal riesgo es inflingido de forma rutinaria a un número

---

<sup>28</sup> Michael Walzer, *Just and Unjust Wars* p. 154

<sup>29</sup> Richard Falk, "In defense of *Just War* thinking", *The Nation*, 24 de diciembre de 2001.

sustancial de civiles inocentes, requiere una flexibilidad tal que extienden las ideas del “doble efecto” y de la “proporcionalidad” hasta lo absurdo. Este no puede ser por más tiempo el marco de trabajo adecuado dentro del cual evaluar la legitimidad de la guerra.

### **La degeneración de la guerra y la ocasión para el pacifismo histórico**

No dudo que un defensor consistente de la tradición de la guerra justa, como Falk, podría tratar de rehabilitarla frente a este *reductio ad absurdum*. Pero esto perdería de vista la cuestión principal. Occidente esta usando fuerzas armadas de una forma que mata, directamente, a más combatientes enemigos que civiles; generalmente no tienen por objetivo a los civiles salvo errores; tratan de minimizar los “daños colaterales” y masacres “accidentales”. Aunque los civiles siguen siendo matados, en términos históricos, especialmente desde mediados del siglo veinte, el número de víctimas es pequeño. La nueva forma de guerra occidental satisface por lo tanto, *prima facie*, muchas de las demandas históricas por una guerra justa, aunque podamos poner en duda algunos excesos. No obstante, si mi argumento ha sido aceptado, sigue habiendo algo fundamentalmente defectuoso. Esta disparidad entre, por un lado, más de 1000 afganos inocentes matados, y por otro, un americano (en los primeros meses de la campaña afgana), lo dice todo. Si no estamos satisfechos con las justificaciones ofrecidas, esto sugiere que debemos estar aplicando estándares diferentes. En el resto de este trabajo quiero explorar cuáles pueden ser estos, de dónde han venido, y a dónde nos pueden llevar. Una fuente obvia de estándares alternativos es la ética política de los derechos humanos. En el pensamiento occidental durante mucho tiempo se ha protegido a la guerra de las normas válidas en cualquier otro ámbito de la vida social; pero ahora debemos de estar aplicando a la guerra estándares de los que hasta ahora se había visto eximida. “No matarás” ha sido afirmado como una norma general, con cada vez menos excepciones permitidas; muchos Estados occidentales incluso han declinado la aplicación de la pena de muerte. Y con todo, la guerra ha pervivido como una enorme excepción. ¿Acaso podría ser que ahora esta excepción esté siendo retada, que las normas estrictas contra los homicidios estén siendo extendidas incluso en el propio ámbito de la matanza legítima y organizada?

Ciertamente, hay alguna evidencia para sugerir esto. La preocupación acentuada para proteger las vidas de los soldados occidentales es un cambio

histórico en sí: refleja el clamor por la muertes de GI en Vietnam, y el rechazo de la idea de “carne de cañón” a favor de la noción de los derechos de los soldados. Tal y como la sociología militar ha demostrado, el servir como soldado profesional se ve ahora más como una “ocupación”<sup>30</sup>; una, seguramente, con diversos riesgos, pero una en la que todavía se han de poner todos los esfuerzos para reducir el riesgo. Esto está lejos de la noción de “guerrero heroico”. Y cuando las cosas van por mal camino, los oficiales y los gobiernos han de asumir responsabilidades. Durante la Guerra del Golfo, a nueve militares británicos murieron cuando su vehículo fue erróneamente atacado por un avión estadounidense: fue la mayor pérdida de vidas británicas en un único accidente durante este conflicto<sup>31</sup>. Las familias de los soldados llevaron al Ministro de Defensa británico a los tribunales, y trataron de traer a los aviadores estadounidenses como testigos, en un intento de hacer responsable al Estado del accidente evitable de la muerte de sus hijos. No lograron totalmente sus objetivos, pero hicieron del problema un asunto de debate público. Es difícil imaginar en guerras anteriores cualquier inquietud semejante acerca de la las vidas de los soldados, simplemente porque las pérdidas de vidas a gran escala eran un lugar común. Pero cuando el número de muertes es reducido a pequeñas cifras, en parte como consecuencia del miedo acerca de los posibles efectos políticos de las bajas, entonces las vidas individuales pueden cobrar importancia.

En una época de derechos humanos, esta atención por los individuos se extiende en principio a cada civil, e incluso puede comenzar a aplicarse también a los soldados enemigos. Después de todo, la preocupación acerca de las matanzas ilegítimas ha sido amplificadas en la justificación de las guerras recientes: ahí donde no son proclamadas de hecho como formas de detener los abusos de los derechos humanos, como en Kosovo, bien pueden haber sido diseñadas para castigar a los autores de masacres se civiles inocentes, como ha ocurrido tras el 9/11. Paralelamente a estas guerras hay procedimientos legales: las actividades del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia (ICTY en sus siglas en inglés) se incrementaron durante la Guerra de Kosovo, y al menos algunos de los terroristas cautivos de al-Qaeda se enfrentarán a procesos criminales (y hay una

---

<sup>30</sup> Ch. Moskos y F. Wood (eds.), *The military: more than just a job?* Oxford, Pergamon-Brassey, 1988.

<sup>31</sup> El ataque del 26 de febrero de 1991 fue el peor incidente por “fuego amigo” de la guerra. No obstante, la protección efectiva de las tropas del fuego enemigo significa que una proporción creciente de las víctimas occidentales son por “fuego amigo”: “35 de los 148 militares que perecieron en el campo de batalla de la Guerra del Golfo Pérsico fueron matados por inadvertencia por sus compañeros, una proporción extraordinaria según los estándares históricos”. Barton Gellman, *The Washington Post*, 14 de agosto de 1991, <http://www.prop1.org/2000/du/91du/910814wp.htm>

evidente contradicción y vergüenza en los intentos de Estados Unidos de mantener a los presos de la Bahía de Guantánamo al margen de los tribunales). De forma poco sorprendente, la ICTY se sintió obligada a considerar el caso contra la propia OTAN por sus masacres “accidentales” de civiles en Serbia y Kosovo. El informe del Comité que nombró, estipuló que no hay bases *prima facie* para investigar formalmente la conducta de la OTAN en esa guerra<sup>32</sup>. Si, en términos de la ley de guerra actual, ésta era una conclusión correcta no es éste mi propósito aquí. Lo que *está* claro es que la OTAN *podría* ser tenida por responsable, al menos en principio, de las muertes de víctimas civiles. Lo que estaba guiando la demanda de justicia no eran tanto las normas legales como la percepción de que todas las vidas individuales importan: las tres personas matadas en la embajada China, las dieciséis matadas en la emisora serbia de televisión, las setenta matadas cuando un puente de ferrocarril fue bombardeado, y así sucesivamente. Los incidentes como pequeños accidentes de tráfico, en cuanto al número de víctimas podrían ser cuestiones por las que el Estado más poderoso del mundo podría ser hecho responsable, y básicamente de la misma forma.

No es ninguna sorpresa que Estados Unidos se vea preocupado respecto al establecimiento de una Corte Penal Internacional. Las leyes de la guerra nunca pretendieron ser aplicadas en cortes criminales de esta forma. El acicate para esto proviene de las tendencias generales hacia una regulación legal intensificada, una conciencia creciente de los derechos de los individuos, y los litigios de gran extensión – tendencias cuyo ímpetu deriva mucho (irónicamente) de la sociedad estadounidense. Pero la criminalización implica considerar la guerra como cualquier otro tipo de actividad humana, no excluida por más tiempo *de iure* o *de facto* de las normas que se aplican a todos los demás campos. Tomar el “No matarás” en serio, en el contexto de la guerra, amenaza realmente con hacer de la práctica bélica algo realmente difícil. Si los *medios* de la guerra son generalmente examinados con peine, en los tribunales, en la prensa y (ciertamente) en la academia, entonces la legitimidad de la guerra será socavada regularmente.

Es difícil, en consecuencia, resistir a la conclusión de que fundamentalmente se ha abierto la puerta a nuevas formas de deslegitimación de la guerra. Independientemente del éxito de los gobiernos occidentales a la hora de movilizar a

---

<sup>32</sup> Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, *Final Report to the prosecutor by the Committee Established to Review the NATO Bombing Campaign Against the Federal Republic of Yugoslavia*, <http://www.un.org/icty/pressreal/nato061300.htm>

los medios de comunicación y a la opinión pública ante casos particulares, como la fase inicial de la "guerra contra el terrorismo", la nueva forma de guerra occidental es por lo general vulnerable a las críticas nuevas que, antes o después, desafiarán sus nuevas y refinadas justificaciones. El fracaso de cualquier transferencia de riesgo podría exponer a Occidente a un rebote del riesgo. Si la aviación es insuficiente para acabar con el enemigo, si las fuerzas locales son incapaces de llevar a cabo operaciones en el terreno –o si perpetran demasiadas atrocidades- o si los cambiantes medios de comunicación se alejan de la voluntad de sus dueños, los riesgos de la nueva forma de guerra volverán a Occidente.

En las décadas de 1960, 1970 y 1980, pareció que la guerra estaba fundamentalmente comprometida, por la tendencia de guerras "limitadas" como Vietnam, así como por la guerra "convencional" a gran escala y la nuclear, con producir grandes números de víctimas civiles. A partir de la década de 1990, los gobiernos y los militares occidentales han desarrollado una nueva forma que parece haber superado este problema. Lo que he tratado de mostrar en este trabajo es que junto a esta nueva forma de guerra han surgido nuevas bases para criticar la guerra. El legado de la guerra degenerada todavía puede ser identificado en la disparidad del riesgo: la legitimidad de la guerra puede ser amenazada incluso por los más reducidos episodios de matanzas. El pacifismo histórico, aunque retado por la reinención de la guerra también está siendo renovado, a medida que los experimentos para matar con justicia se hacen cada vez más agudos.

**\*Martin Shaw** ha recibido formación en Sociología en la London School of Economics. Su tesis versa sobre la Sociología de la Guerra y Relaciones Internacionales. En un primer momento trabajó en la Universidad de Hull, y desde 1995 es profesor de Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad de Sussex.

**FUENTE:** Artículo traducido de M. Shaw, "Risk-transfer Militarism and the Legitimacy of War after Iraq " en *FPIF Policy Report*, Junio 30, 2004.

<http://presentdanger.irc-online.org/papers/0406militarism.html>